

062. Gracia de las gracias

Cuando se piensa rectamente de Dios, ¿existe algún deseo más fuerte que el unirse con ese Dios en quien se cree y a quien se ama? Todas las religiones buscan la unión con Dios, cada cual según su propia fe y según su propia mentalidad, y todas creen en un Dios que busca a los hombres.

Pero solamente la fe cristiana ha dado con ese Dios que busca al hombre y se le da de una manera total, como lo ha hecho en Jesucristo. Y por Jesucristo, el hombre se da también a Dios como nadie podría haber imaginado. Esto se realiza, de modo especial, en la Eucaristía: un Jesucristo presente, que se queda en un Sacramento que es la gracia de las gracias otorgada a su Iglesia.

Por la Eucaristía, Jesucristo se da al hombre y el hombre a Jesucristo con un amor casi inconcebible. Acudimos ahora a dos o tres almas místicas de nuestros tiempos que han expresado de modo encantador esta verdad encerrada en el Evangelio.

¿Tiene Jesucristo, nuestro Dios, ansia de unirse con nosotros? El mismo Jesús se lo decía a una de esas almas, Benigna Consolata: *Me paso la noche contando las horas y los minutos que faltan para que mi Benigna venga a recibirme en la Comunión.*

¿Tiene el hombre —el cristiano, naturalmente— ganas de unirse con Jesucristo? Margarita María nos dice: *Mi alma se siente consumida por las ganas de recibir la Comunión.* Y añadirá Gema Galgani: *Es de noche. El día se acerca. No puedo resistir si no voy a Jesús en la Comunión todas las mañanas.*

Este hablar de almas semejantes —las más selectas que existen— no es sino el grito más hondo que emite el corazón del hombre cuando piensa en Dios, ama a Dios y suspira por encontrarse un día con Dios. Y Dios, buen conocedor del corazón humano que Él ha formado, realiza ya ahora esa unión entre Él y nosotros de una manera tan insospechada como lo hace la Eucaristía.

La Iglesia, convencida de esta verdad, ha cantado un himno jubiloso a través de todos los siglos en honor de Jesucristo, presente en medio de ella con toda la realidad de su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad.

Los cuatro Evangelios y Pablo lo narran con claridad desusada. Juan trae la promesa de Jesús: *Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.* Después, nos narrarán la institución de la Eucaristía con palabras inequívocas: *Tomad, comed, porque esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Tomad, bebed, porque esta es mi sangre, por vosotros derramada. Haced esto como memorial mío.* Palabras de sentido tan claro, tan nítido, que no pueden ser retorcidas sino con un pecado contra el Espíritu Santo (Mt,26. Mc. 14. L. 22. J. 6. 1Co. 11)

La Iglesia de los primeros siglos es unánime en su sentir. Valga por todos lo que nos dice Agustín: *El pan que veis en el altar, consagrado por la palabra divina, es el cuerpo de Cristo; el cáliz, consagrado por la palabra divina, es la sangre de Cristo.*

Esta verdad ha sido confesada con la sangre de tantos mártires, como la del acólito Tarsicio, que muere apedreado en las calles de Roma antes que entregar los Santos Misterios que lleva escondidos.

O como aquellos diecinueve sacerdotes holandeses que caen en manos de los calvinistas. Un soldado hereje, se le enfrenta a uno de ellos: *-Cura, tú decías desde el púlpito que querías morir por la fe. ¿Lo repites ahora de veras?... Y el valiente sacerdote: -Sí, moriré; y especialmente por defender la fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.*

Los diecinueve murieron generosamente y los diecinueve fueron elevados por el Papa a los altares (Mártires en Bril, Holanda, 1572)

Esta verdad creída siempre por la Iglesia y negada siempre por todos los herejes, es la verdad más entrañada en nuestro corazón. Los sacerdotes que celebran, y las almas que cada se acercan cada día por millones en toda la Iglesia a recibir la Sagrada Comunión, no se pueden engañar. ¿Podría permitir el Espíritu Santo semejante error en la Iglesia —como es el que se coma un poco de pan y se beban unas gotas de vino—, pensando que se come al mismo Jesucristo?...

Cuando la Iglesia se nutre del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo en la Sagrada Comunión, entonces de una manera especial realiza la unión entre todos los cristianos. Entonces, más que nunca, se cumple el deseo de Jesucristo expresado en la Última Cena, precisamente cuando acababa de instituir la Eucaristía: *-¡Que todos sean uno!* (Juan 17,11)

Hoy que suspiramos tanto por la fraternidad y la unión de todos los pueblos, nos convencemos más que nunca de que solamente por la fe en Jesucristo, y por el gran mandamiento del amor que proclamó Jesucristo, se podrá realizar ese *sueño imposible* de la humanidad.

Con la Eucaristía, la Iglesia se presenta ya como la realizadora de esa aspiración de los pueblos. Porque la unión de la Iglesia se realiza a simple vista en la celebración y recepción de la Eucaristía, como decía un gran apóstol moderno: *El Santísimo Sacramento comunica a todos un mismo rango y así establece la verdadera igualdad. Fuera del templo hay dignidades, pero junto a la mesa de nuestro hermano mayor, Jesús, todos somos hermanos* (San Julián Eymard)

Por eso la Iglesia pregona a todos que la quieran escuchar: Ni el poder, ni el dinero, ni la política, ni la diplomacia, ni todos nuestros esfuerzos unificarán las lenguas ni estrecharán los corazones. Sólo la fe y el amor traídos por Jesucristo podrán realizar esa unión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí.

Por Jesucristo en la Eucaristía, Dios viene a nosotros y nosotros nos hacemos uno con Dios. Y con Dios en medio, ¡qué unidad podemos constituir todos los hombres!...